

en 1794, surgiera como una feliz oportunidad, que el rey aprovechó con regocijo para retirar su ejército de la coalición. A esto siguió de cerca la celebración del tratado de Bath, y la Europa miró con tedio y estupefacta que el gran poder alemán, cuyas armas cuarenta años antes habían afrontado á la Francia ligada con la mitad del continente, admitía las condiciones impuestas por la república agresora, que avanzó sus fronteras hasta el Rhin. La causa del Austria se debilitó aún mas que por la simple separación de su aliada, por las consecuencias que el hecho podía ocasionar en los Estados alemanes con cuya cooperación había contado hasta entonces. En efecto, el rey de Prusia, fiel á los principios tradicionales de su familia, en cuanto á la rivalidad de su preponderancia con la casa de Austria en el imperio alemán, ofreció hábilmente ciertas garantías de neutralidad á los Estados que á su ejemplo retirasen de la contienda sus contingentes. Muchos de los mas pequeños, considerándose perdidos sin remedio fuera de la sombra protectora del ejército prusiano, se apresuraron á ponerse en salvo desistiendo de la lucha, y otro tanto hicieron los demás, con motivo de los reveses posteriores sufridos por las armas austriacas. La Prusia, sin embargo, no obtuvo grandes provechos, ni por su retirada, como resultado de su conducta en la guerra que empañó notablemente su fama militar, ni ménos por las circunstancias humillantes del tratado al cual debía una paz en abierta oposición con el orgullo de sus hazañas de otro tiempo.

Nadie hasta hoy, al ménos que pudiera juzgársele competente, ha podido señalar con exactitud las causas

que determinaron de una manera tan invariable sus frecuentes descalabros, de los cuáles solo el coronel Blucher, y eso no siempre, pudo escapar con su bien dirigida caballería, sostenida en ocasiones por pequeños cuerpos de infantería. Este oficial había manifestado, desde el principio de la guerra, una rara aptitud para el servicio destacado y distinguiéndose á menudo en acciones agresivas sobre los puestos enemigos, á lo cual debió su promoción á los mas altos grados y la popularidad de su nombre en los ejércitos, especialmente en el suyo, á quien en ciertos momentos críticos bastaba decirle, para restablecer el vigor y la confianza, que Blucher se hallaba á la vanguardia. De una actividad excepcional en la ejecución de sus operaciones, su conducta era tanto mas notable, cuanto que hacia resaltar mas la imbecilidad militar con que los generales parece que tenían empeño en ilustrarse, y á su ejemplo, las tropas, todo lo que pudieron conservar de la forma antigua debida al espíritu guerrero de su fundador, se reducía á una extrema severidad disciplinaria, y á cierta apariencia aterradora de que no pudo sacarse ningun partido ante los inexpertos conscriptos de la revolución francesa.

A despecho de la rigidez del sistema de alistamiento distrital, vigorizado con las leyes penales aplicadas inexorable y rigurosamente por las autoridades, los capitanes habían establecido un productivo y fraudulento tráfico con las licencias temporales, y aún con las excepciones del servicio sometidas á precios exorbitantes de tarifa; pero, como era preciso llenar los vacíos, una parte del producto fraudulento se destinaba al pago de

los enganches buscados á propósito, resultando en lo general una clase inferior de reclutas, mal dispuestos al rigor de una disciplina de hierro mantenida en todos sus detalles durante el servicio de guarnicion, en tiempo de paz. Compuestas así de elementos discordes, y educadas bajo la influencia de un sistema de corrupcion, las compañías no podian ménos que resentirse de su mala y original organizacion, y lo que es peor, de la ineptitud y relajacion del mando. Los capitanes y sus inmediatos cómplices, los subalternos, se habian familiarizado bastante con este singular servicio, y muy poco ó nada con el de la guerra, porque su estímulo carecia de esperanzas nobles y de amor por la carrera, desde el momento que, convertida en tráfico, solo se trataba de hacer progresar los beneficios. Los altos puestos del Estado Mayor se cubrian con ancianos veteranos del tiempo de Federico, sin otro mérito que el de haber tomado una parte maquina en las batallas de aquella época, ó con los tiernos vástagos de ciertas familias nobles de los Estados pequeños, con cuya adhesion se deseaba contar.

Así alistado, instruido, regimentado y comandado, el ejército reconocido en otras épocas como el primero del mundo, ocupaba á la sazón un puesto de los mas inferiores, comparado con los otros. Tal ejército en campaña tenia, por fuerza, que dar á conocer su defectuosa composicion al encontrarse con el ardiente entusiasmo de los soldados franceses, cuyo vigor, impulsado por el fanatismo político, se sostenia en medio de austeras necesidades, con la esperanza del adelanto profesional y de los ascensos en perspectiva, como recompen-

sa del valor. La decadencia del prestigio militar de los prusianos bajo el reinado de Federico Guillermo, durante la guerra contra la república, solo es comparable con la de su influencia política por su inútil intervencion, y por el humillante tratado que fué su consecuencia.

Su hijo, Federico Guillermo III, le sucedió en 1797; pero su permanencia en el trono no fué sino una larga série de vicisitudes, de que la historia moderna presenta el mas raro ejemplo. Por espacio de diez años mantuvo la política bajo la cual habia sido formado y educado, no mirando en las repetidas humillaciones del Austria y en sus enormes pérdidas mas que el futuro provecho de su reino; pero al fin habia de llegar el dia en que tan egoista neutralidad dejara de convenir á los intereses de la corte de Berlin. La Rusia habia combinado con el Austria un plan ofensivo contra el creciente poder de Napoleon, á cuyo efecto ambos emperadores rivales del E. y O. procuraron un pasaje á sus ejércitos, á través de los extraviados dominios de los Hohenzollern.

El Czar no pudo decidir al nuevo soberano de la Prusia á resignar su actitud neutral; pero la marcha de Bernadotte por Anspach, sobre Ulm y Austerlitz produjo tal efecto en la indignacion popular, que el poder real, alarmado con tan repentina y general demostracion, tuvo oportunidad de cerciorarse por sí mismo del estado de la opinion pública, y de la fuerza del sentimiento nacional excitado en toda la raza alemana por el progreso de la influencia francesa en el interior del imperio Germánico. El rey

comprendió la necesidad de adoptar, sin pérdida de tiempo, una política mas conforme á su dignidad y á los deseos de sus súbditos. El emperador Alejandro llegó á Berlin y esta fué la señal de la retirada del agente francés Duroc. Napoleon se encontraba expuesto á ver cortadas sus comunicaciones por los prusianos, que rápidamente podian descender sobre su retaguardia, combinándose con los cuerpos aliados que la armada inglesa habia transportado reunidos á Hanover.

El enmohecido sable de Brandenburg, á la hora crítica de la prueba, se mantuvo inactivo en la cubierta, y su ejército conservado bajo pié de guerra, á costa de los enormes sacrificios de su reino, no dió muestras de su eficiencia. Antes de concluir los preparativos necesarios para ponerlo en campaña, cediendo á los reiterados ruegos de la reina, de la corte y el pueblo, la desastrosa jornada de Austerlitz, en que sucumbieron los Austro-Rusos, vino á comprobar una vez mas á los que creian salvada la situacion con la ayuda de la Prusia, el valor real y verdadero de un auxilio implorado y esperado con ansiedad.

"*La fortuna ha cambiado la direccion de vuestros despachos,*" dijo Napoleon á Haugivits al recibir sus felicitaciones en nombre de la Prusia; y contentándose por el momento con este sarcasmo, difirió su venganza y aún aparentó reconciliarse de buen grado. El 15 de Diciembre, dia señalado por Federico Guillermo para declararse contra el emperador francés, su embajador aceptaba de las manos de este el don de la codiciada tierra de Hanover, que, hoy, ganada por medios mas honestos, extiende sus límites desde el en otro tiempo

pequeño marquesado de Prusia hasta el Océano Germánico. El rey no se hallaba muy dispuesto, segun se manifestaba, á aceptar el territorio de un antiguo aliado, de quien no habia recibido provocacion ni ofensa; pero las instancias de Napoleon lo decidieron á retenerlo, declarando abiertamente ante el mundo, que solo admitia ese electorado como un despojo de guerra cedido por la Francia. Esta degradante y escandalosa adquisicion no estaba destinada, sin embargo, á servir por mucho tiempo, como recompensa de un acto de expoliacion confesado en voz alta á la faz del universo.

Apénas la indignada flota británica habia expelido del Océano la bandera de su nuevo enemigo, cuando la Europa la vió desembarcar sus tripulaciones y emprender un vigoroso y feliz ataque, que terminó con la derrota de las fuerzas prusianas sacrificadas en vano al amor propio de su rey. Y este fué el término de la dádiva de Napoleon admitida por la Prusia, como una recompensa de su forzada neutralidad. A sus expensas se ensanchó el territorio de Baviera con las desmembraciones de Cléves y Berg, para formar un ducado á los hermanos políticos del moderno conquistador; y raro era el dia en que por las manos de los representantes franceses dejaba de ser humillada y extorsionada, de modo que de repente, y á los ojos del mundo europeo, descendió del alto rango de un gran poder á la humilde condicion de un tutoreado, con un rey tratado como vasallo, á costa de cuyo enorme sacrificio obtuvo eximirse de la lucha durante un largo período, en que se vió exenta de los reveses de la guerra, miéntras sus vecinos sangraban profusamente, ofreciendo á su estóica codicia la oportunidad de concertar

nuevos planes de expoliación; pero sus cálculos se frustraron en el campo de la política, como la aptitud de sus guerrero en el de batalla. Todo lo que en último análisis llegó á obtener, fué su degradación y el aislamiento á que sin piedad fué condenada, no tanto por la implacable saña del emperador francés, como por su propia falta de energía para levantar su dignidad á la altura de su glorioso pasado.

La lección no puede ser mas rígida para los hombres de estado que trafican con la neutralidad mal entendida. La corte con su rey á la cabeza, pudo pacientemente soportar su avasallada condición; pero el pueblo, por el contrario, demostró en esa aciaga crisis de la Prusia, que el sentimiento nacional, mal conducido, reprobaba las debilidades del soberano. Tanto el noble, como el vecino acomodado, el modesto industrial y el humilde aldeano, sintieron á la vez, como movidos por un resorte, la necesidad de combatir haciendo un poderoso esfuerzo, á fin de sacudir la afrenta que pesaba sobre la nación. El espíritu patriótico se anunció como el rugido de la tempestad, repetido por el eco en todo el ámbito del país; el movimiento semejaba á la furia de las masas populares cayendo sin piedad sobre un objeto aborrecido. Sin medir las consecuencias, ni tomar en cuenta las proporciones del peligro, la voluntad nacional, formalmente pronunciada por la guerra, obligó al soberano á declararla, sin esperar la ayuda de la Rusia, que aún se mantenía hostil contra la Francia. Federico Guillermo, impotente para sofocar, como lo hubiera deseado, el espontáneo é irresistible movimiento de su pueblo, vióse en la imprescindible necesidad de emprender la lucha que tanto había

temido, y en la cual se encontró solo frente á frente del coloso francés, sin otra cooperación material, que el valor y la decisión de sus guerreros.

Prévio el permiso del Elector, Napoleon atravesó con sus tropas el territorio de Baviera en marcha hácia los puntos escogidos en donde los futuros combates debían efectuarse. Favorecido por la superioridad numérica; (1) la instrucción de sus soldados durante un largo período de batallas victoriosas, alentados por el espíritu militar inflamado con la esperanza de nuevas glorias; contando con los recursos de la estrategia moderna, por la cual, en contraposición con la antigua, podía llegar á grandiosos resultados con notable economía de vidas, guió sus operaciones en dirección del flanco mas débil sobre la línea de marcha del arrojado y torpemente dirigido ejército de la Prusia. Jena fué el lugar, que á la vista de las pequeñas colinas de Rosbach, dió su nombre á la gran batalla ganada por los franceses, así como Rosbach, cincuenta años ántes, había dado el suyo á uno de los mas espléndidos triunfos de Federico, vengado ahora por los vencidos de entónces, con la postración de la Prusia á los pies del conquistador.

Con una rapidez apenas creíble á las mismas tropas de Napoleon, el reino prusiano fué invadido y derribado, el resto de su ejército aniquilado y sus ciudades ocupadas. La engañosa apariencia de los gigantes soldados de la Prusia, se manifestó también en la deplorable condición de las fortalezas, á las cuales cupo la

(1) Los historiadores franceses, lo mismo que los ingleses que debieron ser mas cuidadosos de la verdad, suponen á las fuerzas prusianas el monto de 150,000 hombres contra 290,000 franceses comandados por Napoleon. Los historiadores alemanes solo dan á las primeras un guarismo de 120,000, reunidas sobre el Saal al emprender las operaciones.

misma funesta suerte que á las destrozadas columnas de Jena. Blucher combatió con heroísmo hasta la última extremidad; pero fuera de esta y otras dos ó tres honoríficas excepciones, la vergonzosa imbecilidad de los generales, comandantes y gobernadores, parecía disputarse la preferencia en la rendición de los puestos confiados á su valor y á la honra de sus insignias, y en los cuales lo ménos malo habria sido sepultarse, en lugar de un simulacro de resistencia, que solo sirvió para dar pávulo á la mofa de los vencedores, que se jactaban de tomar los fuertes con cazadores y caballería.

El culto servil tributado en otro tiempo á la escuela militar prusiana, que habia prevalecido hasta entónces en los ejércitos europeos, se convirtió en un triste objeto sobre el cual recaían los sarcasmos de vencidos y vencedores, juzgándola como el medio mas adecuado para entregarse al enemigo, cuyas tácticas se admiraban, sin la voluntad, por parte de los jefes, de aprovechar las lecciones pagadas á enorme precio. La derrota, por lo comun, engendra la detraccion, porque nadie se aviene con la parte de responsabilidad que le toca en el desastre: esto pasaba entre los prusianos, á tal grado, que unos á otros se negaban los atributos comunes del valor personal, que los buenos militares se hallan siempre dispuestos á acordar á los vencidos. (1)

(1) Las obras de aquel tiempo se hallan llenas de inculpaciones contra la conducta personal de los oficiales prusianos, una de ellas las "Memorias póstumas de Sir R. Willson" impresas en Polonia el año de 1807. Este oficial, sin embargo, vivió lo suficiente para presenciar la rehabilitacion del valor prusiano en Bautzen y Leipsic.

Sin embargo, los restos de ese ejército tan duramente experimentado en la adversidad, pudo, aleccionado por los reveses mismos, reparar su honra en la última lucha al lado de los rusos, durante la primavera de 1807, con una série de hechos afortunados dignos del orgullo y el renombre de sus antecesores. Las funestas consecuencias del desastre de Jena redujeron al rey á una sola ciudad, en medio de los estrechos límites de una cuántas millas cuadradas de su reino; pero en tanto un rayo de esperanza alumbró en el horizonte del porvenir, se mantuvo firme rehusando con energía suscribir los términos humillantes de la paz propuesta por el vencedor. Sus tropas, reorganizadas bajo los desfavorables auspicios de una situacion llena de penurias, pudieron prestar en Eylau una oportuna cooperacion á sus aliados, mostrando en esa sangrienta y reñida batalla un valor que le valió la rehabilitacion ante la opinion de las naciones. Fué necesario, no obstante, el funesto error de Benning-sen en Friedland y el disgusto de Alejandro á consecuencia de la catástrofe y la derrota, para que de nuevo se determinara el abandono del infortunado reino, que de una manera inevitable suscitó el armisticio y la entrevista de Tilsit.

Enagenada la mitad de su territorio, la otra mitad bajo la presion de los colectores franceses, convertida en una especie de campo de instruccion de las tropas invasoras, la política del gobierno prusiano se redujo, durante los siguientes seis años, á un estado penoso de servilismo impuesto por el conquistador, del cual difícilmente podia libertarse. Las exaccio-

nes extranjeras engullian sus limitadas rentas ; se disminuyó su ejército á una cifra dictada por Napoleon y se estrecharon de tal modo sus elementos vitales, que apénas si remotamente se descubria una esperanza de reaccion contra el opresor. Por fortuna, aún se contaban entre sus hombres de estado algunas inteligencias superiores que, sin perder de vista la pasada preponderancia de su país, se esforzaron, en las horas sombrías del infortunio, en romper las cadenas del vasallaje que aprisionaban á un gran pueblo, convertido en provincia tributaria de un implacable dominador.

Stein, el gran ministro y eminente diplomático, se consagró con infatigable zelo á preparar la recuperacion del territorio y de los derechos nacionales hollados por el invasor, comenzando al efecto por la adopcion de sabias medidas que tendian á mejorar la condicion legal de las clases populares, especialmente en cuánto á los campesinos, infundiendo ideas vivificadoras y reanimando el espíritu patrio por medio de las reformas domésticas. Esto era, en efecto, marchar con solidez y rectamente hácia el porvenir.

Scharnhorst prestó no ménos cooperacion al ramo de guerra, adoptando el sistema de un corto período de servicio en el ejército regular, con un constante movimiento de reemplazos y descargos, de manera que la nacion toda participase de la instruccion y de los deberes militares. Este es el origen de la actual organizacion, cuyos primeros resultados, con gran admiracion de la Europa, se obtuvieron en 1813, cuando la Prusia aprontó en instantes á la coalicion un ejército bien

instruido y cuatro tantos mayor de lo que habia sido ántes.

Gran perseverancia y no ménos calma fueron necesarias á estos dos genios ilustres para superar las dificultades de su época, casi sin apercibirse de las calamidades que pesaban sobre el país, ni del ardor peligroso de hombres como Blucher, en quien la inaccion era una enfermedad que le postraba en cama, y Schill, el bizarro mayor, que no pudiendo contener su impaciencia se lanzó impetuoso al sacrificio, con su escuadron, proclamando la libertad, con la esperanza de que su ejemplo conmoveria el país y que la jóven caballería alemana se precipitaria á imitar su abnegacion.

Ellos observaban el espantoso efecto de las exacciones de Daru y la violencia brutal de Davoust. Ellos vieron tambien esparcirse las ramas del Tugendbund en las mismas córtes de los príncipes que formaban el cortejo de Napoleon. Al fin la hora de la derrota sonó á los oidos del afortunado conquistador moderno, y la Prusia vió desplegarse con magnificencia el sabio y bien concertado plan de sus hábiles ministros, que aseguró desde entónces su independencia, poniéndola en la vía de un progreso fecundo é incesante. Pero, para llegar á estos resultados, ¡cuántos dias de amargura! cuánta abnegacion! El rey se vió obligado á contemporizar con una situacion superior á las posibilidades del reino. Desaprobóse su manejo á York al abandonar á los franceses en Rusia, como contrario á la política de actualidad, y se reputó como traidor al general en jefe, amagándolo con un consejo de guerra

ante el cual debía depurarse: luego sobrevino el torrente del sentimiento popular manifestado con tal estrépito, como en ningun tiempo de la edad moderna, salvo el de la revolucion francesa, lo habían palpado las naciones europeas; el anterior de 1806 habia conducido las armas de la Prusia á la funesta guerra que produjo tan amargas consecuencias: el actual, por el contrario, debia llevarla, de victoria en victoria, al grandioso fin concebido y preparado lentamente por los ministros, autores verdaderos de la reparacion de la monarquía prusiana.

Decidido, púes, el monarca, el nuevo plan fué puesto en práctica dirigiéndose con tal tenacidad y perseverancia, como tal vez ningun otro gobierno en igualdad de circunstancias hubiera podido hacerlo. Todos cuántos elementos se hallaban á la mano se aplicaron á su desarrollo, y la nacion se prestó con gusto, á pesar de sus angustias, porque á su vez comprendió tambien que de allí estribaba su salvacion. Blucher fué llamado de su forzado retiro, y todas las miradas se inclinaron hácia su persona como el representante mas genuino de la venganza nacional. Nadie, como él, habia tan abiertamente secundado el odio popular contra el enemigo, ni mostrado tanto brio en defensa de la patria. El mando del ejército, por consiguiente, recayó en sus manos á satisfaccion del país, formándosele un estado mayor de jóvenes entendidos é inteligentes encargados de dirigir los rudos golpes de su espada, y de impedir que su excesiva fogosidad expusiera el ejército á empresas temerarias.

Los desastres y los infortunios habian sido no mé-

nos útiles á la escuela militar prusiana, que la abnegacion al pueblo en medio de sus sufrimientos. Un nuevo sistema de tácticas, modeladas sobre las de Napoleon, reemplazó al antiguo que tanta parte tuvo en las derrotas; se reformó el armamento sirviendo de modelo el de los franceses; las altas posiciones de cada departamento se proveyeron en individuos de reconocida aptitud y eficiencia; la Inglaterra vino en ayuda de las necesidades materiales de las tropas; la Rusia colocó sus cuerpos de veteranos, para servirles de apoyo, al lado de los voluntarios que acudieron á prestar juramento bajo las banderas. Despues de un año de combates victoriosos, los colores aliados, tantas veces humillados por la derrota, flotaban regenerados á través de las calles y en las alturas de París.

Apénas otro año habia transcurrido, cuando la Prusia apareció de nuevo á la vanguardia de las naciones, destronando por segunda vez á su enemigo. Que la Inglaterra, que tan á menudo recuerda la época de 1806, recuerde tambien la tarde de Junio de 1815, en que la línea inglesa, extenuada por la desercion de los espantadizos auxiliares, no esperó en vano el ataque prometido sobre el flanco del enemigo, dando á los aliados la mas completa victoria que recuerdan los tiempos contemporáneos.

El premio acordado á la Prusia en la nueva reparticion de Europa, fué proporcionado al tamaño de sus sufrimientos y á la magnitud de sus esfuerzos contra el opresor. Reconocida una vez mas como uno de los grandes poderes de Europa, y la igual en todo del Austria, ménos en el rango nominal de esta en lo que